Rafael Cabanillas Saldaña

EN LA RAYA DEL INFINITO

Quercus | Enjambre | Valhondo | Maquila

"La mejor Literatura sobre la España vacía"

"***QUERCUS*** es una de las mejores novelas contemporáneas que he leído:

- 1988. *Los Santos inocentes.* Miguel Delibes.
- 2013. *Intemperie.* Jesús Carrasco.
- 2019. *Quercus.* Rafael Cabanillas.

De nuevo, la mejor literatura sobre la esencia de la España vacía".

Antonio Basanta,
escritor, editor y el mayor experto español
en promoción de la lectura

Luz de otoño

QUERCUS INICIO PÁGINAS 8 y 9

El otoño es una especie de primavera invertida, una primavera en extinción, que nunca quiere marcharse. Aunque sea la luz del alba y del crepúsculo, con el silencio que los acompaña, los que delaten su queja callada. Su mutismo de pájaros, su desahucio de alas. Otoño de luz que pare otros colores: rojos, castaños, granates. Cuando la clorofila de las venas se apaga y el verde se tiñe de sangre. Rojas granadas que revientan de púrpura y sangre. Con los quejigos soñando en amarillo y los rebollos en caducas hojas anaranjadas. Otoño de lenguas con mordaza y potros maniatados en la madrugada.

Probablemente, cuando leas estas palabras, el otoño estará ya ofreciendo su peor cara. La de vestíbulo del invierno, con sus días cortos que se escapan entre los dedos como se escapa el agua, oscuros y cerrados, sin postigos ni ventanas. Días de espera hacia otra primavera –ilusiones de espuma, anhelos de niebla, humo de esperanza–, en los que no se espera ya nada. Tan solo que el reloj devore las horas con la persistencia que el viento y las

olas golpean las rocas y la lluvia tintinea en los cristales de nuestras vidas y nuestras almas. Pero antes de que llegue el bajonazo traicionero de temperaturas, esa cuchillada fría de hoja de guadaña, habremos vivido los días más claros y resplandecientes del año. La belleza de la luz de estos días otoñales es única e incomparable. Me refiero a esa luz que encadena e hilvana los estertores del verano con el nacimiento del otoño. En verano la luz es perpendicular y abrasa los colores, en otoño es rasante y los acaricia y besa. Una luz de sol que querría ser cegadora y refulgente, pero que ya no puede serlo porque le fallan las fuerzas que quemó el estío. Y en ese cansancio, en esa entrega humilde de derrota –como un suspiro– se filtra y tamiza su belleza más efímera. Tan solo unos días, en ocasiones unas horas. La hermosura de lo efímero. Quizás por eso, la historia que vengo a contarte echa a andar una de esas tardes otoñales. Tenía que relatarla antes de que el invierno lo apague y ennegrezca todo, y con su oscuridad de lluvia, nubes y frío se oxiden mis recuerdos y la herrumbre de zarzas y ortigas alimente y colonice los muros de amnesia de mi memoria. Mejor iniciar sin dilación el conjuro, para que obre el milagro que dé a luz colores y palabras antes de que el dios Cronos –Saturno romano, devorador de ocasos de sol y alboradas– engulla las palabras igual que se zampa a sus propios hijos en la caverna invernal de su garganta. ¡Bello equinoccio de otoño que igualas las noches a los días, como se iguala el amor y el odio, la muerte y la vida!

Escribir como el domador de vientos con su lazo de palabras

MAQUILA. INTRODUCCIÓN.

Escribo para poder respirar. Como si las palabras fueran el oxígeno con el que seguir respirando, con el que seguir viviendo, con el que seguir afanando. Para aliviar la asfixia de las bocanadas de pájaro.

Escribo para que el alma de las palabras, hecha de aliento, de vaho, acabe con los silencios. Los silencios de mordaza. Los potros salvajes maniatados en la madrugada.

Escribo por los mudos. Por todos aquellos hombres y mujeres que se quedaron mudos cuando les arrancaron de cuajo la voz y las palabras. Cuando les extirparon las lenguas y las gargantas. Sin voz, sin oxígeno, sin aliento, sin palabras. Solo cristales rotos que se atragantan.

Escribo para no morir de hambre. Como si cada palabra fuera un mendrugo de pan con el que alimentarse. Corteza de sílabas, migas de vocales. Para las bocas hambrientas que, con la mano levantada, suplican y lloran a las madres. A las madres que convierten en pan el aire.

Escribo por los que no saben escribir. Por los que no saben leer. Porque las letras corren y se escapan de las

cuartillas como las hormigas negras de los desiertos de arena y papel. No saben escribir, no saben leer, pero me dictan lo que nunca fue escrito. Lo que no está escrito. Con miedo. Por ellos escribo también, por los que tienen miedo. Por los que viven muertos de miedo. Les rajaron el cuerpo, les sacaron la sangre y les metieron dentro el miedo. No los mataron. No dejaron que murieran. Los quisieron vivos, con el miedo en el cuerpo. Con el miedo dentro. Y la ignorancia, los prejuicios, los engaños y las promesas de humo y cartón. Siempre asustados, cabizbajos, mirando para detrás; siempre exigiendo a los suyos silencio. Desheredados, desposeídos, sin una oportunidad, sin un privilegio. Puñados de barro moldeados por un alfarero ciego.

Escribo en el nombre de los que abren las estaciones de metro con la noche a cuestas, con la noche aún estrellada. Los que cogen el último bus en las calles oscuras y solitarias. Los que levantan el arado, la hoz, el hacha, antes de que el sol salga. Los que mastican el polvo, los que mastican la rabia. Para clausurar el día, para inaugurar la alborada.

Escribo por los que tienen las manos limpias, ásperas y desolladas de tanto arañar la tierra. De tanto rascar hasta dejarse las uñas clavadas. Los alzados del suelo, los sepultados en vida. Los que creen merecer su sufrimiento, su culpa, su pena negra. Los hermanados al dolor porque la dicha no les pertenece. Es ajena, siempre pasa de largo, sin detenerse. Porque anularon la parada en su línea 7, aunque les dijeran que era el número de la suerte. Estación del

Olvido, parada del Abandono, empalme con Desolación. Muertos vivientes. ¡Maldita sea!

Escribo por los que no tienen un mañana. Ni un año, ni un mes, ni una semana. Solo el levantarte cada día, uno y otro y otro más, a buscarse la vida. A llenar la saca, que cuelga de su espalda desnuda, de chatarra. Los chatarreros del orbe. Los quincalleros celestes. Los desguazadores de todas las miserias estelares.

Y escribiría en nombre de Dios, si Dios existiera. Pero Dios no existe para estos hombres, para estas mujeres. Se lo robaron. Se lo apropiaron también. Se quedaron huérfanos. Sin Dios y sin voz. Los sueños rotos, los deseos amputados. Rotos como esos cristales, amputados con los muñones al aire. Derramados por los albañales.

Por todos ellos escribo. Afilando las palabras igual que se afilan las navajas. El afilador nómada que toca su caramillo antes de que la noche caiga.

Los sonidos de mi infancia son el de la música fascinante de ese afilador – ulular colorido de viento –, el de un lañador llamado el Siro que vocea por las calles mientras golpea una palangana desvencijada: "Se arreglan pucheros, cacerolas, pooooteeenessss…", y el tan, tan, tin, tin, tan, tan, tin, tin, de las campanas de la colegiata. Cierro los ojos y los oigo. A la perfección. Mejor incluso que entonces, pues en el deseo de recuperación acústica se esconde un oculto rescate de mi niñez. La edad de la inocencia, de la blanca candidez, a la que todos desearíamos volver. La música de ese caramillo me tenía hechizado, hipnotizado. Pues ejercía sobre mí un embrujo emparentado con lo inaudito y lo mágico. Ese viejo afilador, montado

en una bicicleta a la que había acoplado la piedra esmeril que suelta chispas de oro, más pobre que una rata. Oro inaprensible, lluvia de oro que se escapa por el aire. Que vuela hacia el cielo. A su lado, el niño que no entiende el mundo, mirando absorto, cuestionándose las primeras sinrazones de la vida: ¿Fabrica oro con sus manos y es un pordiosero miserable?

En este libro, además de traer el recuerdo de ese hombre sin nombre, afilador de cuchillos, quería bajar de la sierra al llano. Tirarme al "anchurón cósmico", el barbecho de tierra roja, las rastrojeras amarillas, las cebadas de primavera, las perdices, las avutardas, las palomas zuritas y las torreras. Mi infancia. Las cebadas de la primavera de mi infancia. Describir esos chozos del llano. Esa estepa donde el polvo del viento solano, unido al calor tórrido y a la calima, vuelven loco a cualquier ser humano. Incluyendo a Don Quijote.

Y finalmente quería hablar de mi madre. De los últimos años con esta mujer que tanto daño me produjeron. Escribir, ahora, para restañar la herida. Lañas y estaño del Siro para coser el boquete abierto en mi corazón. Ajustar las cuentas con la muerte. Esa maldita canalla. Esa alimaña. Por lo que le hizo a mi madre tan injustamente, tan miserablemente. Una locura, un atrevimiento insensato y una batalla perdida de antemano. Porque a la muerte no se le puede exigir. Es mala y vengativa. Se alimenta del dolor ajeno. Del sufrimiento. Pero ¿para qué está la literatura? Para transformar la realidad. La metamorfosis de la lacerante realidad.

Por eso he escrito este libro también. Por cambiar la muerte que mi madre no se merecía, por otra diferente. La de un dulce tránsito, convirtiéndome en escolta y guardián de su viaje, en remero de la barca que cruza el Estigia al atardecer. Para dulcificar. Para humanizar su dolor y su muerte: una mano que aprieta la suya espantando la soledad y el miedo, una caricia, el amor de un niño concentrado en unos segundos, la tibieza que se va y se convierte en escarcha, cuatro palabras jamás pronunciadas, dignidad, ternura, acompañamiento, despedida.

Para eso he escrito este libro.

Limpiador de pintadas

ENJAMBRE. CAPÍTULO XVIII. PÁGINAS 157 A 161

Probablemente era el alumno más torpe de la clase. Retraído, huraño, poco sociable. De esos chicos que siempre tienen la puerta atrancada y no te permiten entrar en su mundo, cerrado por derribo. De los que invariablemente prefieren humillar los ojos cuando se enfrentan a una mirada. De los que no dan guerra, de los que sólo son un número y una cruz roja en un expediente; apenas un metro cuadrado allá por el fondo, muy lejos de la pizarra. Repetía los cursos silenciosamente, con una renuncia obediente, disciplinada. Una resignación callada, taciturna, silente. Hasta que un día desapareció, sin apenas saber leer, sin rebeldía, sin pronunciar una palabra.

Años más tarde, alguien me dijo que lo habían visto trabajando para el ayuntamiento. Que por una especie de azar – la vida es una tómbola –, había conseguido una plaza de peón, gracias al pequeño cupo que se guardaba para personas con alguna discapacidad en la oferta pública de empleo. Que había conseguido independizarse y llevar una vida corriente y normal. Ya se sabe: levantarse cuando

el despertador te llama. Ducharse mientras la bombona de butano no te falle. Ponerse el mono naranja de faena e hincharse a comer como un bruto bollos y magdalenas. Dejar que el día pase, que caiga la tarde y te atrape la noche con su peso mercúrico, para regresar a casa, sucio y molido. Atiborrarse de tele y de internet, freírse un par de huevos para la cena, tres o cuatro cervezas… hasta entregarse al sueño, tirado en el sofá como un animal cualquiera. Abandonarse, resignarse a que los días arrastren su plomo y su monotonía, que las tardes sean sin esperanza, que las noches adormezcan las ilusiones y cabalguen una suerte de tristeza que se va enquistando en tus tripas.

El capataz le había asignado todo tipo de tareas buscando su ubicación idónea. Pero parecía no encontrarla, pues siempre terminaba metiendo la pata. ¡Era tan torpe! Los compañeros no lo querían de pareja, se mofaban, huían de él y se avergonzaban de pertenecer a su misma cuadrilla. Hasta que, sin remedio, le mandaron al destino que nadie quería: ¡Limpiador de pintadas! Nadie lo quería porque era un trabajo individual, en soledad, sin compañía, terriblemente tedioso y aburrido. Te echabas a las costillas una mochila que contenía un aparato de presión, con un pequeño generador de gasolina. Con esta máquina, un bocata y un bote de cerveza, salías en su búsqueda y captura… por los arrabales, apatrullando la ciudad decía el jefe, por los muros del cementerio, del antiguo campo de fútbol, de la vieja estación sin trenes ni besos de despedida. Para borrar la pintura de las paredes, los grafitis, las letras y garabatos psicodélicos de los graciosos y fumetas,

los dibujos obscenos, las frases de los filósofos y los versos de amor de los poetas.

Cuando salió la primera mañana en su busca, siguiendo las instrucciones del capataz, y listo para padecer ese castigo impuesto a base de hastío y aburrimiento, se encontró con las letras inaugurales de su nuevo oficio: S, I, C, E, R, R, A, I, S, L, P… De un tamaño tan grande, tan descomunal, que si no te separabas del muro más de diez metros, era imposible leerlas. Por ello, dio unos pasos hacia atrás: SI CERRAIS LA PUERTA A LOS… Otros pasos más, andando siempre de espaldas: "SI CERRAIS LA PUERTA A TODOS LOS ERRORES, TAMBIÉN LA VERDAD QUEDARÁ FUERA". Intentó leerlo de corrido, silabeando un poco "SIII CEEERRAAAIS LA PUUUUERRTAA…", hasta completar todas las palabras. No entendía muy bien el significado, pero le gustaba. La leyó más de veinte veces y cuanto más la leía, más le gustaba… aunque no entendiera apenas nada. Por eso, antes de encender la máquina para eliminarla, sacó un trozo de papel, un lápiz y la escribió con esmero. Cuando acabó con ella, era media tarde y tenía que regresar a casa. De camino, entró en una papelería y compró el más bello cuaderno para escribir su frase. Puso la fecha, dejó una línea en blanco, y la escribió

con sumo cuidado y delicadeza. Esa noche no conectó la tele ni el ordenador. Leyó, leyó y leyó tantas veces su frase… hasta que se metió dentro de ella. Para comprender que, seguramente, él también podía ser un error; pero que primero hay que ser un error para, después, conseguir la verdad auténtica.

Al día siguiente, el capataz lo felicitó por el gran trabajo que él mismo había inspeccionado al final de la jornada. Y lo mandó para el cementerio. En un muro lateral podía leerse: "ES MEJOR VIVIR UN AÑO COMO UN TIGRE QUE CIEN COMO UN CORDERO". Nuestro hombre se sentó de frente, en una piedra. Como si delante de él se proyectara una película en una enorme pantalla. Leyó su frase y se rascó la cabeza. La leía de nuevo, mientras meditaba embelesado. Después abrió su mochila, sacó un envoltorio de donde apareció un sobre, y dentro del sobre su lapicero y su precioso cuaderno de caligrafía. Se apoyó en las rodillas y con elegancia y delicadeza escribió aquellas letras. En casa, volvió a releerlas, hasta que entendió que él tampoco quería ser un cordero, dócil y manejable, que viviera muchos años; sino un tigre que de un zarpazo removiera sus entrañas y su vida.

Es probable que al otro día, el alba lo despertara antes que su despertador. Quizás porque una ilusión le había nacido por dentro y deseaba salir a su encuentro, allá por las paredes de un silo abandonado y cochambroso. "LA VIDA TIENE SU VALOR SÓLO CUANDO HACEMOS QUE VALGA LA PENA VIVIRLA", "LA RESIGNACIÓN ES EL SUICIDIO COTIDIANO" y un poco más alto, junto a una esquina llena de desconchones: "UNA VIDA INÚTIL ES UNA MUERTE PREMATURA". Y esa tarde, en cuanto finalizó su trabajo, recogió sus trastos con urgencia y se marchó a la biblioteca. Tenía que buscar en un diccionario la palabra "PREMATURA", pues, por más vueltas que le daba a su cabezota, era incapaz de comprender qué tipo de muerte era ésa. Hasta que consiguió localizar la

palabra: (Del lat. praematūrus). 1. adj. Que no está en sazón. 2. adj. Que se da antes de tiempo. 3. adj. Dicho de un niño: Que nace antes del término de la gestación.

Para entender que su vida, hasta la fecha, era una especie de muerte lenta, y que estaba desahuciado y sentenciado – por los demás y por él mismo – sin haber llegado su hora. Pero que a partir de ese momento no habría otra muerte prematura, sino una vida plena; llena de amor, de placer, de libertad y de sabiduría.

Los días fueron devorando los meses y los meses los años. Las pintadas desaparecían de la ciudad, para instalarse en su cuaderno: "CAER ESTÁ PERMITIDO, LEVANTARSE ES OBLIGATORIO" "PUEDES LLEGAR A CUALQUIER PARTE, SIEMPRE QUE ANDES LO SUFICIENTE" "CUANTO MÁS CONOZCO A LOS HOMBRES, MÁS ADMIRO A LOS PERROS" "AMA A UNA NUBE, AMA A UNA MUJER, A UN HOMBRE; PERO AMA"

Para entonces, su vida había cambiado radicalmente. "SEAMOS REALISTAS: ¡PIDAMOS LO IMPOSIBLE!" Había completado tres cuadernos "LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS" "NO LLORES POR HABER PERDIDO EL SOL, PUES LAS LÁGRIMAS TE IMPEDIRÁN VER LAS ESTRELLAS" "SÓLO LA VERDAD OS HARÁ LIBRES" "DADME UN PUNTO DE APOYO Y LEVANTARÉ EL MUNDO"… y ya era el mejor cliente de la biblioteca. Por los libros y porque se había enamorado perdidamente de una de las bibliotecarias. Más bella aún que la más hermosa de las pintadas. También se había matriculado en la Universidad a Distancia, donde estudiaba Filosofía. Alguna tarde de lluvia y nostalgia flirteaba con la literatura

escribiendo un poema y, en la soledad de la noche, abrazaba sus cuadernos y soltaba lágrimas de gozo y anhelo.

El problema es que se acababan sus pintadas y la ciudad quedaría pronto enteramente limpia. Era un hombre nuevo, es cierto, pero se acercaba un final predecible y viejo. Feo. Muy feo. Un final para otra frase, para otra historia, pero no para ésta. Quizás por eso, desde entonces, en las noches cerradas de viento y tiniebla, la sombra esquiva de un hombre recorre los arrabales de la ciudad llenando sus paredes de versos y hermosas sentencias.

En la raya del infinito

VALHONDO. EPILOGO

Un día de primavera de aquellos años de la última crisis financiera, en 2010, visito a un amigo guarda de caza, de nombre Abilio, en una aldea de Los Montes de Toledo.

El campo está hermoso, corre el agua por las torrenteras, los musgos son esponjas hinchadas de un verde fosforescente y ya brotan los rebollos y los quejigos formando en sus copas nubecillas evanescentes. Pero mi amigo está hecho mixtos, *devorao.* Destrozado y acodado como una estatua en la barra de la taberna, pues le ha dado por beber. Eso dijo su prima cuando me llamó, que se había dado a la bebida.

¿Por qué? Pues porque el señorito Carlos, al que Abilio llama respetuosamente el dueño, acaba de despedirlo de su trabajo. Despedido al cumplir sus cincuenta años, de los que treinta ha trabajado de guarda en la finca. Allí nació, allí se crio, levantando *venaos* y *jabalines* de sus encames para que los mataran los señorones en sus puestos, pues guardas de esa misma tierra fueron su padre y su abuelo. Igual que

don Carlos, que heredó el nombre y la finca de su padre y de su abuelo. Parece lo mismo en la cuenta del haber, en la cuenta de resultados, pero no lo es: Abilio solo heredó el nombre, la bandolera de cuero, el mosquetón y el viejo sombrero de fieltro.

Don Carlos le ha llamado al teléfono móvil que le regaló en su día, aunque había mala cobertura, pues estaba con su familia esquiando en Suiza, y le ha explicado la situación:

-Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, Abilio. Nos hemos pasado de listos. Nos hemos creído todos ricos, todos iguales, y mira ahora la crisis que nos ha caído encima. Todos iguales, Abilio, un imposible.

Son los mismos argumentos que el guarda viene oyendo al amanecer, cuando enchisca la radio en la cocina de la casilla de la finca, mientras prende la lumbre para arrimar el puchero colorao del café. Todos iguales, Abilio, todos iguales.

Está amaneciendo y las reses andan ahí fuera de careo.

Es soltero, un mozo viejo, pues la única mujer que ha conocido es esa sierra. Esa sierra, esa finca, siempre han sido su novia y su vida. A ellas se ha entregado en cuerpo y alma.

– *Abrrrreviando* – me explica Abilio con su lengua de trapo, anestesiada por el alcohol que se traba en la "erre" –, que don Carlos me despide, sintiéndolo mucho y con todo el dolor de su corazón, con no sé qué coño de un ERE, pues se le ha ofrecido una pareja que le van a hacer

un apaño de dos por uno: el hombre, de guarda, y la mujer para aviar la casa. – Los dos por 800 euros. Mucho menos que tú, Abilio.

La casa… y lo que se tercie, jefe. Lo que haga falta, don Carlos, si lo exige la entrepierna.

Pocos años más tarde, la noche en la que Abilio murió en la habitación de un hospital, solo, pálido como la cera, víctima de una cirrosis que se fue comiendo su hígado día a día, a mordiscos, yo comencé a escribir las primeras líneas de *Quercus. En la raya del infinito.* Necesidad vital. Él sobre esa cama, muerto, tan amarillo como las rastrojeras donde careaban sus reses, y yo frente a este papel blanco, inmaculado, dispuesto a recibir igual que una virgen las primeras letras de su propia sangre.

No era la postguerra ni los años del hambre, era – es – la primera mitad del siglo XXI. La década de las tecnologías y de enviar cacharritos a Marte. Incluso de trasplantarte el corazón y ponerte el de un gorrino. Aunque a algunos – a muchos – no les haga falta trasplante.

Finalizada aquella crisis financiera – si es que finalizó, pues todavía quedan muchas deudas pendientes –, aunque sí se saldó haciendo más avaros a los avaros y más pobres a los pobres, depreciando sus salarios y sus vidas, llegó la crisis de la pandemia. Una crisis global, sanitaria, humana, económica y social, que ha puesto el planeta patas arriba.

En los primeros meses de la pandemia, un dueño de otra finca aledaña se infecta de Covid en la capital y decide confinarse en sus tierras. En su finca alambrada, cerrada a cal y canto. Confirmando que sí se pueden poner puertas al campo.

Es un hombre rico y poderoso, pero ese virus cabrón no repara en nombres ni en fortunas, igualándonos a todos; ahora sí, querido Abilio, – "...; *allí los ríos caudales, allí los otros medianos e más chicos…*" –, que diría Jorge Manrique a la muerte de su padre.

Está enfermo de ese mal contagioso que tanto y tan rápido mata, pero no se lo dice a la gente de su finca que lo cuidan y lo acompañan: la cocinera que le guisa, que le hace las migas que le gustan al amo, los guardas que vigilan su caza... A los pocos días, uno de ellos enferma también.

La voz corre por la sierra, pues aquí es imposible acallarla. La lleva el viento, se arremolina y se hace eco en las cuevas de la montaña.

Se quejan de que de ellos no se acuerde nadie y que ahora vengan a traerles ese mal. El infecto invisible y secreto.

La gente de la ciudad que huye a los pueblos para esconderse en su útero materno. La madre tierra acogiendo a sus hijos pródigos, aunque no pueda darles de comer. En las aldeas, en los bares y en las plazas, critican sin disimulo a ese dueño por no advertir y preservar la salud de sus criados.

– Al menos, ahora se puede hablar con libertad, que *pa* algo estamos en democracia – dicen algunos, *envalentonaos* ya por el aguardiente de la mañana.

Cuando la crítica llega a los oídos del guarda contagiado, éste suelta a la defensiva:

– Hizo bien en no advertirnos. El amo es tan bueno que no quiso preocuparnos.

Corría el año 2020. Cuando llegué a mi casa, conecté el ordenador y comencé a teclear las primeras palabras de *Enjambre*, la segunda novela de la trilogía. Para convocar incluso a los que creen merecer todos los males, divinos y humanos, por haber nacido en una tierra donde hay que aceptar y dar por bueno, sin rechistar, el contagio del señorito. No vaya a arrancarte el cacho de pan que te echas a la boca. De tu boca desdentada es fácil extraerlo, de la de tus hijos será más complicado. Todavía tienen buenos colmillos y todavía tardarán un tiempo en ser domesticados. Domesticados en la sumisión.

Por eso había que ponerse a escribir deprisa. Hasta que se agotaran las palabras. Seguir dando gritos, como lo fue el de Quercus. Que es un alarido. El alarido espeluznante que da la Niña Chica desde el interior de la casilla de

Los santos inocentes, y que en *Enjambre* se torna mudo, callado, como los gritos que mejor llegan al alma. Gritos cargados de dolor. Un dolor aceptado, asumido. Una rabia amordazada por un sufrimiento que nos han hecho creer que es merecido, necesario, inevitable.

Y esa es también la intención que ha dado pie a *Valhondo*: la reversibilidad del abandono, del daño de la pobreza, del sufrimiento causado, del dolor infligido. La misma que me ancla vital y literariamente. El motivo por el que seguiré, mientras pueda, en la batalla de la escritura.

Cuando me marché de Valhondo tardé más de veinte años en regresar. Me fui lejos, a miles de kilómetros. Un salto, una escapada, un poner tierra de por medio. El único antídoto para desasirme de una tierra y de unas gentes que me hubieran obligado a permanecer en sus brazos eternamente.

Ahora mis alumnos, mis chicos, los que habían transformado y dado sentido a mi vida, ya serían hombres y mujeres. Yo, por entonces, había vuelto a España y era el director del Centro de Educación de Adultos de Daimiel. Apasionante trabajo también. El mayor orgullo profesional de mi vida: haber enseñado a leer a más de doscientas personas.

Un día recibo una llamada del delegado provincial de Educación de Ciudad Real. Me cuenta que, en la campaña de incendios de ese verano de pocos fuegos, no se habían realizado los viajes en helicóptero contratados y tenían que agotarlos en plazo. Por este motivo, estaban invitando a personas con cierta responsabilidad – educativa, sanitaria… – a realizar esos viajes y tener la experiencia de volar en helicóptero. Y él me lo ofrecía. Le dije que sí, que encantado y agradecido. Así podría hacer fotos – otra de mis pasiones – y luego contárselo todo a mis alumnos.

Así que, una mañana de septiembre, a buena hora, el helicóptero nos esperaba en medio del campo de fútbol de Ciudad Real. Éramos diez personas, más el piloto y el copiloto, que eran rusos. Cosas "raras" de las empresas y la Administración, de las contratas, las subcontratas y los chanchullos..., que finalmente degeneran en el parto de estos cacharros más viejos que Matusalén. Mejor no traer a la memoria ciertos y lamentables sucesos.

Aquello vibraba y hacía un ruido infernal. A pesar de los auriculares. Pero, cuando el aparato empieza a elevarse y enhebra en dirección oeste, mi percepción y mi brújula del corazón me dicen que nos dirigimos hacia la provincia de Toledo. A los montes. A mis montes de la verdad y el ensueño.

Después observo, a vista de águila imperial, el serpenteo de la ribera del Guadiana, las sierras de Porzuna y, más adelante, las fincas del Parque Nacional de Cabañeros. Me las conozco todas, sus riscaleras, sus pantanillos, sus

rañas: El Castillo de Prim, La Dehesa del Carrizal, El Maíllo, Ciguiñuelas. De vez en cuando, los tejados grises de alguna aldea escondida en la sierra. Hasta que el corazón imantado de mi rosa de los vientos me da un vuelco al ver esas pedrizas y ese valle de alcornoques tan familiar.

El piloto desciende sobre unas casitas blancas – una en concreto con su corral –, una fuente, un algarrobo, una plaza. Es Valhondo. El Valhondo de mi alma.

Lo sobrevuela y continúa un par de kilómetros más, buscando el helipuerto que está en un hueco limpio de monte. Un círculo de yeso en polvo con una H en medio. Junto a una casa de forestales, rodeada de pinos, donde se ubica el retén de incendios. Al lado, un grupo de hombres vestidos con llamativos monos amarillos de faena – los hombres apagafuegos –, apartándose de la tolvanera que levantan las hélices del aparato al comenzar a descender.

Cuando cesa el ruido ensordecedor y apagan el trasto, siento un alivio apaciguador. Yo quiero bajar cuanto antes por esa escalerilla y besar la tierra, como había visto hacer en multitud de ocasiones al papa en la televisión. Quizás por eso, me dejan descender el primero.

Cuando, cauteloso, miedoso, doy un paso con lentitud, no vaya a marearme y caerme, veo que debajo están todos esos hombres de amarillo, esperándonos. Me asomo y entonces alguien grita:

– ¡¡¡¡¡Pero si es don Rafael, nuestro maestro!!!!! ¡¡¡¡¡ Don Rafael que nos baja del cielo !!!!!

Sí, eran ellos, mis alumnos: Eusebio, Floro, Ernesto, Eustaquio, Aquilino...

Me abrazan. Son unos hombretones el doble de altos que yo. Me apretujan en el medio y, en su nerviosismo, me dan besos.

Entonces no había teléfonos móviles. Pero tienen una emisora y pueden dar aviso al ayuntamiento, por lo que oigo a Eustaquio decir:

– ¡¡ Llama a las chicas y diles que está aquí don Rafael, el maestro!! Que se traigan a los niños.

Al rato, aparece Rosana conduciendo un Land Rover, y Evelia, con su bebé en brazos. Aquilino, que se acerca a ella, le da un buen achuchón y dice orgulloso:

– Es mi mujer, don Rafael, ahora es mi mujer; y este es mi Aquilinillo, que para Pascuas hará el año. Un añojo.

Y Evelia que lo aparta de un codazo: – ¿Se acuerda usted de él? Pues más bruto todavía que entonces. Maldito hombre.

También viene Estrella que dice que todavía conserva su cuaderno de Viernes con Poesía, y Elena con tres muchachillos a los que obliga a darme la mano, aunque el más pequeño llora.

– ¿Qué le parece, don Rafael, la piara que he formado en unos años?

Después nos comemos las migas, hablamos y lloramos. Lloro cuando me cuentan que Primitivo y la Nunci han fallecido – de pena, porque la Juani desapareció y no ha vuelto –, que Esther está de guardesa en Los Pastizales,

que Alfonsina, la de las gafitas, consiguió hacerse enfermera y Luis, ingeniero forestal.

Y es verdad que su maestro había bajado del cielo, efectivamente. Pero los ángeles, los verdaderos ángeles, eran ellos. Por eso escribí Valhondo.

Para dar voz a los sin voz.
A los nadies de la sierra.
A todos los nadies.

Y para que, a su vez, a mí me llegue la propia voz de los lectores, también ellos habitantes inseparables de esta trilogía que componen *Quercus*, *Enjambre* y *Valhondo*.

De los centenares de escritos, mensajes, correos electrónicos recibidos de muchos de estos, he seleccionado dos, haciendo así realidad el sueño de todo escritor: que los lectores vivan en sus textos.

Querido Rafael:

Mi padre fue gañán, carbonero, segador, guarda... Cruzó la sierra sin descanso, zancada a zancada. Unas veces para ir a por el jornal y otras porque aquel guardia le esperaba cuando dejaba a la novia (mi madre) para que llevara "un parte". Porque sí, para alimentar el poder que ya tenía, pero que necesitaba demostrar una y otra vez.

Mi madre atendió a los "señores", con mi abuela, en silencio. Un plato, otro, mientras las "muchachas" seguían en el pueblo por miedo a los que pasaban por el palacio. Mi madre cosió a la marquesa, a la condesa… y tuvo que esquivar al administrador en alguna ocasión. Y ese pasado de esperas, se convertía en presente cuando "La Jose, la más chica del tío Manzanero" descosió una parte de su historia para regresar a casa en aquel caballo de su memoria. O esa mortaja que "la tía Pía" me enseñaba cada verano por si acaso esa muerte, cercana en parentesco, decidía visitarnos de madrugada.

Quercus lo cuenta y sabe cómo hacerlo. No es solo leer lo que ya conoces, lo familiar de la historia, sino que utiliza un lenguaje atractivo, sencillo, pero con la composición justa para que alcance el nivel de los grandes. El uso de palabras muy reconocibles en estos lugares oretanos acerca el relato al lector; caminas entre esos valles, entre

encinas, rebollos… y entras a las casas de esos vecinos que buscan sobrevivir, nada más, solo amanecer. Los ideales, a veces, quedan para cuando el estómago tiene algo que remover. Pero incluso ahí, en ese hueco del silencio para que llegue el anochecer, la dignidad sabe dónde pervivir.

Sobresaliente Rafael Cabanillas Saldaña, no solo la historia, sino el lenguaje, la sintaxis y la forma de contarla.

Carmen Blesa Manzanero
(San Pablo de los Montes)

Estimado Rafael:

Escuchando un día la radio, te oí hablar de tus últimos libros: Quercus, Enjambre y Valhondo.

Tal como hablaste de ellos, despertaste en mi un gran interés por leerlos.

Yo nací en Huertas de Ánimas, arrabal de Trujillo, y me crie en una finca llamada Barcaliente, próxima a Torrecillas de la Tiesa y a Aldea Centenera.

Mi padre era pastor, vivíamos en un chozo hecho con sus manos, con troncos y ramas de encina, recubiertos de escoba. No había escuela ni mucha gente para relacionarse, yo podría haber sido un Tiresias.

Mi padre me enseñó a leer, a escribir y a hacer quebrados, que era lo que él sabía, y también me enseñó a que el día de Reyes fuera mágico sin regalos. Asimismo enseñó a leer a un zagal de otra finca cercana, que era pastor y no sabía. Pasados muchos años este chico, ya un hombre, vino a nuestro pueblo y preguntó si mi padre vivía, fue a verle para darle las gracias por haberle hecho el favor más grande de su vida: enseñarle a leer.

Me dejó la mejor herencia, la lectura. Él leía todas las noches a la luz de un candil, primero de aceite, luego de petróleo y por último un carburo, en voz alta para mi madre.

He leído Quercus y Enjambre y he visto cada risco, cada encina, cada quejigo, cada garganta. He sentido el olor a

monte, me has transportado a mi feliz infancia y a sentirme como si estuviera entre tomillos y jaras.

Gracias por tu léxico, por esa descripción tan rica que haces de cada lugar, no falta nada, puedes ver y oler cada rincón y, como es mi caso, revivir muchos momentos inolvidables.

Espero con ganas Valhondo.

¡Ah! Me escolaricé a los 11 años y tuve la suerte de tener una beca y poder estudiar enfermería, profesión que he disfrutado 40 años. Tengo que dar las gracias a mi hermana Eloísa que me prometió que, si no me concedían la beca, trabajaría cosiendo o limpiando con tal de que yo estudiara. Ella ha sido para mí un referente de lucha y de motivación.

Un saludo.

María Ángeles Avís Alvarado
(Pamplona)

Nacer y criarse en un chozo, en la aldea del Enjambre o en una casilla perdida de la sierra… para que hoy, los hijos de estas mujeres sean personas de bien y de provecho, como siempre se ha dicho.

Personas de ley, personas íntegras. Albañiles, panaderas, mecánicos, auxiliares en residencias de ancianos… y otros, maestras y maestros, profesores y profesoras de Universidad. Las personas buenas, el corazón y las manos, que hacen funcionar el planeta.

Se llama Lucha, Orgullo y Dignidad.

RUTAS LITERARIAS

Quercus

NAVAS DE ESTENA
(Ciudad Real)

Enjambre

ANCHURAS
(Ciudad Real)

Valhondo

ROBLEDO DEL BUEY
(Toledo)

LEER y CAMINAR

Rutas literarias Quercus, Enjambre y Valhondo

Las Rutas Literarias Quercus, Enjambre y ***Valhondo*** reciben este nombre por los títulos de las reconocidas novelas del escritor Rafael Cabanillas Saldaña que conforman la ***Trilogía "En la raya del infinito".*** Las tres novelas, que se leen de manera independiente, comparten un espacio común como protagonista: **Los Montes de Toledo**. Con su epicentro en el **P. Nacional de Cabañeros** de las provincias de Ciudad Real y Toledo, y **la comarca** de La Jara en sus estribaciones.

La Ruta Literaria Quercus se ubica en la localidad de Navas de Estena (Ciudad Real), ***Enjambre*** en Anchuras (Ciudad Real) y ***Valhondo*** en Robledo del Buey, pedanía de Los Navalucillos (Toledo). En su recorrido, los lectores/senderistas podrán seguir las huellas de los personajes de cada una de las novelas, reconociendo los paisajes y el territorio humano que inspiraron al autor en su escritura.

ACCEDE A TODA LA INFORMACIÓN CAPTURANDO ESTE QR

Quercus 8ª edición ISBN: 978-84-120233-2-9
Enjambre 2ª edición ISBN: 978-84-122070-5-7
Valhondo 2ª edición ISBN: 978-84-124312-4-7
Maquila 1ª edición ISBN: 978-84-126046-6-5

De la edición © Editorial Cuarto Centenario
De los textos © Rafael Cabanillas Saldaña
rafaelcipt@gmail.com

Edición Editorial Cuarto Centenario
Diseño y Maquetación IMP Comunicación
Impresión Quinta Impresión
Editorial Cuarto Centenario C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Edición no venal. Prohibida su venta.

“Leer y caminar. Donde habitan los sueños y los personajes de los libros”

OTROS DATOS DE INTERÉS

Los libros y el Mar de Jaras

Viajar a través de los libros

Siguiendo las huellas de los personajes de los libros

Escribir En la raya del infinito

Libros y naturaleza. Cuando los personajes se hacen realidad

Rutas literarias Quercus, Enjambre y Valhondo en el P. Nacional de Cabañeros

Antonio Basanta, el mayor experto español en promoción de la lectura, elige la novela Quercus

"**QUERCUS** tiene lo mejor de
Los santos inocentes de Delibes
y de *La familia de P. Duarte* de Cela"

Manuel Peinado Lorca.
Escritor y traductor de Washington Irving.

Quercus | Enjambre | Valhondo | Maquila

"La excepcional trilogía sobre esa España
que nunca debemos olvidar"

editorial
cuarto
centenario